

CAPÍTULO I

Villanueva de los Infantes, a diez de agosto de 1595, bajo el reinado de Felipe II, el Prudente. Del motivo de mis reuniones con el tío Sancho y de las tribulaciones amorosas de mi primo Roldán.

—Buenas tardes nos dé Dios, querido tío —una tarde más que pronunciaba estas afectuosas palabras de salutación al entrar en la humilde vivienda de mi tío, mientras me desprendía de mi sombrero negro de ala ancha que dejaba colgado de un clavo junto a la puerta.

—Buenas tardes, sobrino —contestó Sancho—, pasad, pasad, que agora bien podremos avanzar en nuestra historia, pues bien creo que andan fuera Teresa y Sanchica, y ya sabéis que en llegando ellas ya poco se puede hacer. Aprovechemos pues este descanso que nos brindan y vayamos a lo nuestro: al relato de mis extraordinarias aventuras.

Según me preparaba para la sesión de escritura que me esperaba, colocando en la rústica mesa de madera de encina mis papeles, mis plumas de ganso, mi tintero y una pizca de algodón, pensaba en cuán poco nos parecíamos físicamente el tío Sancho y yo. Él era bajo, yo alto; él, más que gordo era muy corpulento, pues parecía más ancho que alto; yo, más bien flaco y descarnado, en eso había salido a mi madre; él, de rostro muy moreno, barbinegro y cejijunto, con la piel curtida por el sol del verano y la escarcha del invierno; yo, sin ser lechoso, más claro sí que era. En lo que sí teníamos semejanza era en lo velludo, aunque yo luciera una larga cabellera negra que me llegaba a los hombros y él lo llevara siempre corto y a esas alturas ya lo tuviera blanco como la nieve, efecto normal de los cerca de sesenta años que debía de tener. Su cabello, en vez de estar batiéndose en retirada como el de otros paisanos de su edad, parecía querer seguir avanzando hacia las cejas, las cuales, ya por su cuenta, habíanse unido entrellas formando una tupida muralla defensiva de los ojos. En cuanto a su barba, de lo dura y áspera que era, parecía hecha de cerdas de zapatero, y aunque se afeitara a diario, era

como si siempre fuere corto de navaja. El resto de su cuerpo asemejábase al de un oso, no solo por lo fuerte, que también, sino por lo velludo; pues pelillos rebeldes se asomaban de continuo por cima de la camisa, como escapando del bosque que debía de ser su pecho e intentando tomar la garganta; y de las bocamangas se escapaban hebras de pelo, como queriendo ocupar y colonizar íntegramente las gruesas manos, donde ya habían echado raíces matitas pequeñas en los dedos. Este aspecto de fiereza quedaba de súbito anulado al mirarle a los ojos, que eran de un color que yo no sabría describir, como marrones pero tirando a claros: ojos dulces, melosos, que le daban un aire bonachón que te hacían quererlo de inmediato.

—Pensaba yo esta pasada noche —continuó Sancho—, que como habréis visto ha sido extrañamente fría para la época en que nos encontramos, en cómo podría haber soportado mi compañero de aventuras Alonso el frío y las ventiscas de Sierra Morena, siendo él, a diferencia mía, destartado de carnes y magro a más no poder, y llevando como llevaba de ropaje tan solo un jubón desgastado, una fina camisa de hilo y unos calzones de lino estrechos y deslavazados, y esto era lo único que portaba al quitarse el viejo arnés; y que cuando yo le insistía en que se abrigase, sobre todo por las noches, él respondíame muy digno: «Calla necio, que no es dado a los caballeros andantes quejarse del frío, ni cubrirse con mantas ni ropajes como si fueran aldeanas».

»Y aún más en aquel punto —siguió relatando, mientras yo iba tomando nota de sus deslavazados y desordenados recuerdos— en que su enajenación le llevó a decidir quedarse perdido en lo más profundo y recóndito de un bosque de aquellos lejanos parajes de las sierras andaluzas, desnudo y desarmado y haciendo toda clase de sinsentidos y penitencias, con el único fin de hacer meritaje para su amada doña Dulcinea, al estilo de lo que hicieran, antes que él, otros trastornados caballeros, según relatan los cientos de libros de caballerías que había leído; y que ante la imposibilidad de convencerle de desistir por mi parte, tuviera yo que ver cómo se desnudaba, quedándose en carnes y en pañales y principiando a dar zapatetas y volteretas por los aires; que pareciera que fuera a descoyuntarse o desnucarse, aparte que me pusiera al descubierto cosas que, por no verlas de nuevo, salime de estampida de aquel lugar, donde no volví sino con ayuda de otros hombres para

rescatarlo al cabo de varios días. Aunque el caballero sobrevivió a dicha prueba, no sé yo de que le sirviera en méritos para agradar a su amada. Pienso yo agora que aquesta parte de las aventuras mejor no incluilla en el libro que estamos elaborando, pues conociendo tales hechos, las otras gestas realizadas por nos pudieran parecer invenciones de loco.

Y llegando a este punto, levantose mi tío de su asiento, como aquejado de súbita preocupación, y raudo dirigióse a la puerta de la cocina, abriéndola para verificar si había alguien al otro lado de la misma escuchándonos; maniobra que ya le había observado hacer en otras ocasiones. Tras asegurarse que nadie había, volvió más calmado hacia la mesa.

—No temáis, sobrino, no hay moros en la costa —dijo a la vez que guiñaba un ojo —, podemos seguir con esta agradable plática. No quisiera yo que mi amada y *torca* hija oyera aquestas historias nuestras y su cabeza mudara como mudó la mía y perdiera ella el seso más aún de lo que ya lo tiene perdido, y se le llenara de fantasías de amores caballerescos, de condes, duques, príncipes y princesas y se nos haga aún más difícil la tarea de casarla.

—Queréis decir *terca*, ¿no, tío?

—¡Terca, turca, torca! ¡Qué más se me da a mí el cómo queráis escribillo!, que ese es negocio vuestro, licenciado. Lo que yo quiero decir y digo, es que ella es igual de testaruda y cabezuda que su madre, y siempre tiene que hacer su santa voluntad; que ya lo dice el refrán: *Como es la madre así es la hija* y que *una ánima sola ni canta ni llora*, pero..., ¿por dónde íbamos?, que me interrumpís a cada momento y pierdo el hilo de mis historias —íbale yo a decir que había cortado en aquella parte de las volteretas del hidalgo, cuando arrancó de nuevo—. ¡Ah, sí!, estaba yo evocando el frío de las noches en Sierra Morena; pero decidme, sobrino: ¿cuántos días ha que nos juntamos aquí, al calor de mi hogar, a recordar sucedidos de mi prolija vida de aventuras?

—No hará menos de tres meses, tío —respondile—. Concretamente desde que muriera vuestro amigo Alonso Quijano, dominado por aquella extraña melancolía en que se sumió al final de sus días al dejar de ser don Quijote y volver a ser tan sólo un desmejorado hidalgo manchego, y

quedasteis vos sumido en la desolación y en la tristeza. Pero no evoquemos esos dolorosos trances y mejor sigamos con el curso de vuestros recuerdos, que, a decir verdad, tío, más que el curso decidido y constante de un buen río, pareciera el caprichoso discurrir del viento de otoño, que tan pronto lleva las hojas a diestra como a siniestra; que difícil me está resultando sacar algo en claro de vuestras exposiciones y luego plasmarlo al folio con un mínimo de sentido y ordenanza, tal como acordamos al inicio de estas veladas.

—¡Teneos, sobrino!, que bien vengo observando sois tan mordaz como vuestro padre, que en paz descansa, pero cien veces más dañino y descarado que él, pues ya veo que sois buen reprochador; y, por cierto, ¿qué le va a vuestra merced el cómo hable yo o deje de hablar?, pues ¿no sois vos, licenciado, el que estáis escribiendo las historias?; pues escribidlas en línea recta, que para eso habéis estudiado *pragmática* en Sevilla. ¿O no habéis oído el refrán que dice: «*En el fondo las gentes iguales son, si no hubiera tanta presunción*»?

—¡No voy a oírlo!, si somos de la misma zona y hasta de la misma familia, aunque por ventura yo no fui nunca esclavo de los refranes como vos, tío Sancho, que parece que desayunáis cada mañana gazpacho de ellos y luego estáis todo el santo día repitiéndolos. Aun así, ahí os mando uno que quizá no conozcáis: *Gente refranera, gente puñetera*.

—¡Parad en vuestras quejas y recriminaciones, majadero!, que me recordáis las *maldiciones* que me lanzara mi amigo Alonso a cuenta de mi afición a los refranes, y que en una ocasión mandó sesenta mil satanases a que acabaran conmigo y con mis dichos. ¡Ave maría Purísima! —remató esta jaculatoria santiguándose repetidas veces.

Por no irritarle más preferí no replicar, aunque tomé buena nota de la anécdota de los satanases en mis papeles.

—Por cierto, sobrino —continuó él, pero ya en tono más moderado—, he estado meditando sobre el título que deberíamos poner al libro cuando lo acabemos, puesto que alguno habrá de tener, digo yo, y he pensado que bien podría ser: *De las increíbles aventuras del valeroso Sancho Ponce y su esforzado y trastornado vecino el hidalgo Alonso Quijano*. ¿Cómo lo veis?

—Veolo perfecto, tío —le contesté complaciente, por no ser momento para emprender controversia en el tal punto.

Pues sí, señores, tres meses habían pasado desde aquel triste día en que enterramos a su compañero de aventuras Alonso Quijano: aquel hidalgo venido a menos y algo enajenado, al cual no tuve yo el placer de tratar. Tres meses en los que por la tarde, y una vez finalizadas mis tareas de maestro de gramática en la Casa de los Estudios de Villanueva de los Infantes, tomaba la vereda de los frailes rumbo a la casa de mi tío, cargado con folios sustraídos de la escuela y pensando si habría sido buena idea embarcarme en semejante galera llena de agujeros.

—Pero debo deciros, Gaspar —interrumpió Sancho mis pensamientos—, que quizá no sea ésta la prima vez que tales aventuras toman vida en los papeles, pues caigo en la cuenta yo agora que aquesta idea que os lancé el mismo día del entierro del hidalgo Alonso, Dios lo tenga en su gloria, la tuvo antes que yo él mismo, cuando se encerró con aquel recaudador madrileño que en infausto día tuviera a bien recalar por esta muy noble villa.

—¿Ah, sí? —respondí yo alarmado por tal afirmación, mientras dejaba descansar mi pluma sobre la mesa—. Por favor, explicad más ese punto, tío.

—Pues veréis: hace como un año, poco antes de vuestra llegada a Villanueva, apareció como de improviso por el pueblo un recaudador de impuestos y aprovisionador de la armada, madrileño o sevillano, que eso no lo tengo muy claro, que recaló en la posada de Rogelio. Nada más llegar, indicó que le habían informado por las tierras de Andalucía, por donde había estado acopiando mercaderías para la Armada, que podrían residir en este pueblo un famoso caballero andante y su no menos conocido escudero y que por estar asombrado y maravillado de las andanzas de ambos, quisiera parlamentar con ellos; pues, según parece, por aquellos lejanos parajes hablaban y no paraban dellos dos.

»El propio sobrino de Rogelio, el llamado Lope Tocho, acompañó a tan curioso visitante, que luego supimos se llamaba Miguel de Cervantes, a casa de Alonso Quijano, pues no podía ser otro el aludido caballero andante, donde congeniaron al instante; y halagado éste por el interés y

respeto que le mostrara el forastero, procedió a contarle, en los cuatro días que se detuvo en Villanueva, algunas de nuestras andanzas, tomándose el forastero la molestia de escribillas en papeles que portaba al efecto. Según le confirmó el tal Cervantes al bueno de Alonso, estaba de paso desde Madrid hacia Granada, donde debía incorporarse en breve para unas misiones de recaudación de tasas y alcabalas retrasadas, pero que a pesar de la urgencia de su despacho no quiso dejar pasar la ocasión de conocer a tan grande e ilustre caballero.

»Hais de saber también, sobrino —prosiguió Sancho ahuecándose como un pavo real—, que cuando se despedía, indicole el visitante a Alonso, que, asimismo, le haría gran ilusión conocer a su simpar escudero, esto es, al que suscribe, cosa que podría suceder en alguna otra visita al pueblo y pedirnos a ambos autorización para plasmar en un cuento o en una comedia nuestras aventuras; aunque a eso contestó el hidalgo que nunca hazañas de escudero se escribieron, sino tan solo las de caballeros armados, y, entre éstas, tan solo las más valerosas y nobles.

En esto, escuchamos chirriar la puerta que comunicaba el hogar con la cuadra, y vimos entrar de seguido por ella la gris y menuda figura de su esposa, la tía Teresa. Tras saludarme cariñosamente, se dirigió hacia la despensa y empezó a revolver cosas hablando sola.

—¡Mujer, mujer!, tráenos más vino y calla un poco —le reclamó Sancho con cierto apremio, mientras golpeaba en la mesa de encina con su jarra de Talavera—, que se me reseca la garganta, y a nadie le hace daño el vino si se toma con tino. Sigamos.

»Por desgracia, mi amigo Alonso murió a las pocos meses de aquellas reuniones con el citado recaudador y por lo que yo sé, nunca más volvió por el pueblo el dicho funcionario, ni falta que hace; pues, según tengo yo oído, por donde pasan esos comisarios de «*bastos*» requisando provisiones, solo dejan a su paso desolación y pobreza.

De modo casi inconsciente ya traduje yo en mi cuartilla lo de «*bastos*» por «*abastos*», sin interrumpirle esta vez por no encolerizarle de nuevo. Además, había observado que la alusión al fallecimiento de su amigo Alonso habíale emocionado, pues a pesar de su aparente rudeza era más bien blando de corazón. Calló un momento mientras Teresa nos ponía el

vino. Me fijé en ella: vestía, como de costumbre, una sencilla saya parda y una pañoleta gastada anudada al pecho que le cubría los hombros. Briznas de cabello desarreglado y canoso asomaban por bajo de un tosco pañuelo negro, que dejaba ver su cara flaca y seca algo manchada de tizne de la cocina. Creo que siempre la había visto con la misma ropa y con parecida expresión de cansancio. Sancho, ajeno a mis pensamientos, dio un buen trago al vaso que le había llenado su mujer y continuó con su exposición.

—Para que tengáis toda la información y no me acuséis otra vez de dejarme cosas en el tintero, hais de saber que el tal Miguel si no era manco del todo de la siniestra mano, andaba cerca, pues llevábala en una posición como descolgada y jamás la usaba para nada de provecho. Según explicó él mismo, había sido mutilado en la sin par batalla de Lepanto, en la que una granada del turco se la seccionó: gesta que, de seguro, consiguió ganar para los restos la consideración y respeto de nuestro andante caballero, el cual, sin el aval desa honrosa acción bajo el mando de don Juan de Austria, el espanto de los otomanos, jamás le hubiese dedicado tiempo y atención a tan peculiar visitante.

—¡Vive Dios! —exclamé yo, cada vez más inquieto y preocupado—. Debemos darnos prisa, o si no ese tal Cervantes, medio recaudador, medio escritor o acaparador de provisiones, podría adelantársenos y publicar estas aventuras antes que nos, y dar al traste con nuestros cálculos de réditos.

—¡Eh, eh! ¡Parad!, ¡parad la mula, amigo mío!, que ya se está voacé desbocando. No hay cuidado en ese sentido. Por lo que Alonso relatome de dichas pláticas, no solo exponía él sus historias, sino que el tal Cervantes no se quedaba atrás en inventiva y exponía las suyas, parte de las cuales llegaron a mí, y de cierto que no sabría decir cuáles eran más fantasiosas, lo que me hacía pensar si no estaríamos nuevamente ante otro episodio de alucinación del llamado Quijote, y estaría desvariando como antaño, transformando a un mutilado y algo tartamudo recaudador de impuestos en combatiente del turco, prisionero fugado de Argel y escritor de fama, al igual que transformó molinos de viento en guerreros gigantes, o posadas en castillos o aldeanas en princesas; que me barrunto yo que tales gestas del escritor fueron en cierto punto invención del

hijodalgo. Además, licenciado, habéis de considerar que la exposición de los hechos que pudiera hacer el muy recordado y querido Alonso, carecería de precisiones como las mías, pues en teniendo como tenía la mente perjudicada con la lectura de aquellos vanos libros de caballerías y por sus muchos años, difícilmente podría exponer con claridad nuestras aventuras. Por otra parte, que digo yo que en cuatro o cinco días poco contenido pudiera haberse llevado en sus alforjas el citado recaudador.

»Por tanto, y aun a riesgo de pareceros presuntuoso, que nunca lo he sido, mis relatos sí serán la base de la mayor historia que vieran los siglos, por conocer yo de primera mano todos los detalles de las diversas escapadas que hiciéramos, y todos los graves y profundos pensamientos de mi señor sobre cualquier cosa: que más sabía él que los siete sabios de Alejandría o que todos los magos y encantadores que en el mundo ha habido; así que, sigamos con lo nuestro; o, si os place, paremos un momento y demos cumplida cuenta de estas succulentas viandas que nos ha preparado Teresa, que bien sabido es que *a buen hambre no hay pan duro*. Degustemos aqueste queso de oveja, estas bellotas y este tocino curado y que se vea que somos cristianos viejos; humildes, eso sí, pero de buena sangre.

Con el hambre que tenía yo en aquellas horas, me supo a gloria el queso curado, alabándoselo a modo:

—Debo deciros, tío, que este queso es el mejor bocado del mundo y que no hay perdiz o faisán que mejor me sepa —continuando después desta guisa—: Y vos, no dejéis de probar este vino que os he traído —momento en el que coloqué sobre la mesa la garrafilla de vino que había portado conmigo y mantenido a mis pies—. Hame comisionado mi primo Roldán para haceros tal entrega. También me ha requerido insistentemente que os haga llegar el ofrecimiento de que podéis disponer, a muy buen precio, de cuanto vino haya en la bodega donde labora, la de Justo Medina; aunque se barrunta que no es bien visto por los padres de la muchacha a la cual pretende, y eso le tiene lleno de desasosiego y destemplanza.

—¿Cómo que no es bien visto? —saltó como si le hubieran pinchado—, pero ¡si es hijo de mi prima segunda Francisca!; aunque debes saber,

sobrino, que, para mi hija, ya mi mujer Teresa y yo mismo tenemos concertado un marido perfeto.

—¿Ah, sí?, ¿de quién se trata? Si puede saberse.

—Pues del antes citado Lope Tocho, curtidor por más señas, y que, además, heredará a no mucho tardar a su tío, el posadero Rogelio, con lo cual sumaría a su negocio de pieles, una de las posadas más concurridas y prósperas de la región; y el que diga que a mi esposa y a éste vuestro tío les mueve la codicia, está diciendo grande *pastraña*, pues no es el caso; ya que, además, el mochacho está perdido en amores por ella y es buen cristiano y mejor hombre, y si bien es cierto que Sanchica no mira mucho por él de momento, bien verdad es que *el dinero hace bailar al perro*, como decirse suele; y, además, que una doncella que se tenga por virtuosa no ha de tener por marido el que ella se aficionare, sino el que su amoroso padre le buscare, y así está dicho por todos los sabios y piadosos hombres que en el mundo han sido; y que hais de saber, sobrino, que con este casorio con el curtidor ya concedo en demasía, que en otros tiempos planeara yo casarla con un conde.

»Pero Vive Dios que el vino es bueno y que en nada desmerece del prestigioso vino de San Martín de Valdeiglesias y que no está mi paladar acostumbrado a caldos como este. Debo reconocer que ese mochacho no anda carente de virtudes por el mundo, aunque de patrimonio esté más escaso que un galeote de ropajes. Pero mejor será que se olvide de su prima, nuestra hija, que es la alegría de nuestra vida y la lumbre de nuestros ojos, pues tal unión no será nunca bendecida por nos; sin embargo, por no facerle desaire, hacedle saber que puede enviarnos algún cántaro deste vino siempre que lo estime oportuno, pues para eso somos de la misma familia.

Y en diciendo tales cosas que surgían como a borbotones de su deteriorada boca, y que con la charla y el vino estaba dejando ver la carencia casi absoluta de piezas dentales, se volvió a levantar de improviso como la anterior vez y abalanzándose sobre la puerta la abrió de un tirón, sorprendiendo esta vez a su hija agachada y en posición de escuchar a través de la cerradura, lo cual enojole sobremanera y procediendo a sujetarla por la diestra mano, gritó como un poseso:

—¡Teresa! ¡Teresa!, hazte cargo desta desvergonzada que presume de ser hija tuya y anda por la vida desnuda de virtudes cristianas, y denantes de que cometa cualquier desafuero que nos hunda en la deshonra, enciérrala en su alcoba a pan y agua, y que no vuelva a salir de ahí hasta que yo determine en otro sentido.

—Pero, Sancho —dijo su esposa Teresa apareciendo súbitamente y limpiándose las manos con el delantal—, pero Sancho, ¿no deberíamos...?

—¡Calla, mujer! —le cortó radical el vuelo su iracundo marido—, no me *contradizgas*, que a ver si he sido yo capaz de gobernar con sumo tino como girifalte una ínsula y no voy a poder gobernar mi casa; que no he visto yo en mi vida mujer más repostona que tú. Tú y ella, las dos, me debéis acatamiento y mientras yo viva no se ha de hacer nada en esta casa que plante cara a mis deseos. ¡Punto en boca todo el mundo!

Ante lo cual la asustada Teresa procedió a llevarse, entre extrañas murmuraciones, escaleras arriba a la llorosa Sanchica, que más parecía estar subiendo al cadalso arrastrada por la Santa Hermandad, que a su alcoba conducida por su madre.

Mientras tanto yo, consciente de haber sido de algún modo el inocente causante de tal revuelo de consecuencias insospechadas, quedeme como inmóvil, cual perro de caza esperando una orden, sin saber si aguardar hasta la reanudación de la narración de mi tío, o bien acabar con el vino de mi copa y poner pies en polvorosa.

—Bien, mi buen Gaspar —siguió Sancho, algo más calmado ya—, presumo que hoy ya está todo el cordero vendido, y que difícil será reconducir la conversación por senderos empedrados; lo cual es una pena, pues estábamos en un punto y seguido muy interesante, pero cuando la mollera echa humo y el corazón galopa como liebre perseguida, no ha lugar a pensamientos reposados ni profundos. Cerremos por hoy el portillo de las hazañas, que mañana será otro día, y lo dicho: *cada loco con su tema y cada lobo por su senda*. A Dios, sobrino.

—Quedad con él, tío.

Y así finalizó la sesión de esa tarde: infructuosa, porque no había avanzado nada en el relato que intentaba escribir; improductiva, porque no había cumplido bien el encargo de mi primo Roldán, y angustiada, porque había tomado conocimiento de que otro escritor, o mejor dicho, escritor en tiempo libre, había podido tomar ventaja sobre mí en la recopilación de las andanzas de Sancho Ponce y su estrafalario amigo Alonso Quijano.

Con estas negras ideas bullendo en mi cabeza caminaba hacia mi casa, ubicada en la Plaza de la Fuente, a las afueras del pueblo. Como solía sucederme cuando el anochecer caía y la soledad venía en mi busca, asaltaban mi mente los negros y tristes pensamientos que no habían dejado de acompañarme desde mi salida, más bien podríamos decir vergonzosa huida, de Madrid. En mi locura, llegué a tomar por costumbre hablar con objetos inanimados, como paredes, muros o rocas del campo, o incluso con árboles y flores; los cuales tuvieron que soportar silenciosos mis quejas e imprecaciones, que si hubieran tenido alma tales inanimados objetos hubiéranse enternecido ante mis quejidos: «¿Qué ventura podré esperar en el miserable estado en que me encuentro?; ¿cómo podré dejar de dolerme de mi calamidad y desdicha?; ¿podré escapar del cautiverio en que me encuentro a causa de mi ruín cobardía?; ¿conseguiré algún día el perdón de mi amada? Los muros y paredes de la Iglesia y de los conventos permanecían mudos y sordos a mis lamentos y los álamos del río se balanceaban nerviosos a mí paso, como queriendo escapar del suplicio de tener que escucharme. Mas nada suponíame alivio ni encontraba remedio en parte alguna para aliviar mi pesadumbre.

Habíame despedido de mi amada Blanca, que tal era el nombre de la turbadora de mi descanso, nueve meses antes y no había vuelto a tener noticias tuyas, pero el recuerdo de sus ojos, de sus brazos, de su cuerpo entero seguía dominando mi vida; que mucho yerran los que dicen que la ausencia es el mejor remedio contra la memoria.

Y así iba yo, enfrascado en mis tristes pensamientos y con la noche venida, cuando al llegar ya a los alrededores de mi casa escuché una voz que me sobresaltó:

—Primo Gaspar, soy yo, Roldán —el *Roldán* fue casi inaudible.

Las palabras procedían de una sombra que asomaba desconfiada tras la esquina del convento de las franciscanas y que asustome de tal forma que a punto estuve de arrojar el candil y salir corriendo, bien arrepentido por no llevar mi espada.

—Pero ¿sois vos, primo? ¿Qué demonios hacéis aquí espiándome a estas horas tan tardías? Acercaos, vamos.

—Estoy desesperado, primo Gaspar —espetome al acercarse y aún sin bajarse el embozo, que supe que se trataba dél por el tono, y, además, ¿qué otro imbécil podría estar esperándome escondido y jugándose la vida si era divisado por algún vecino o agente de la Santa Hermandad merodeando como un raterillo listo para el asalto? También se adivinaba que era él por la altura, porque ¡Vive Dios! que, aunque desgarbado, era un mancebo de buen talle.

—Mi vida es un tormento por no poder ver ni hablar ni tan siquiera escribir a Sanchica —continuó lastimosamente Roldán—. Decidme, primo, si al menos la cántara de vino por mí regalada a su padre ha obrado el milagro de ablandar su corazón; pero, decidme verdad, que yo sabré afrontarlo.

Yo había decidido ayudar a mi primo en su alocado intento, pues pensaba que con un desgraciado en amores en la familia era más que suficiente. Dudando sobre si debía contarle o no todo lo acaecido esa tarde en casa de Sancho, le sujeté con cariño por el brazo.

—Vamos, vamos, primo; tenéis que ser sensato y paciente, que no se tomó Zamora en una hora. Cierto es que el corazón del tío es aún más duro que su mollera y se muestra determinado a..., bueno ya sabéis cuáles son sus pretensiones a este respecto y parece ser que de común acuerdo con la tía Teresa, han decidido ya por un partido más..., más conveniente.

—¿Más conveniente? ¿Más conveniente? —bramó el embozado sin tomar ya ninguna precaución—. ¡Oídmelos todos! (tan solo estaba yo, pero le oía perfectamente): Sanchica es prenda mía y así ha de ser por los

siglos de los siglos. ¡O mía, o de naide!

—Sosegaos, primo, que nos van a oír y entraremos en problemas. Calmaos.

—Se trata del infame curtidor, ¿verdad? Habré de matarlo, a él y a Sancho, al que yo no apelo como tío, pues de mi sangre no puede ser tamaña sirpiente del infierno. Sí, primo, matarlo para no consentir tal iniquidad como planea cometer con su hija y conmigo.

Y en diciendo tal, levantó el brazo diestro lanzándolo al frente enérgicamente, simulando una estocada ascendente, de resultas de lo cual cayó al suelo la vieja capa que portaba encima.

—¡Teneos, primo! —díjele deteniendo mi marcha—, que cualquiera puede oíros y eso sería vuestra ruina. Tranquilizaos. Confiad en mí y escuchad mi plan, que yo os diré lo que está bien que hagamos.

—¿Qué plan?, decidme. ¿Es para raptalla y huir con ella? Es la única solución que veo a nuestro infortunio, y una vez secuestrada (mancillada o no, que agora no viene al caso), sus padres se avendrán al matrimonio, por ser la única salida que les quede para salvar su honra.

—No he dicho tal, ni Dios lo permita; que a veces, primo, parecéis más loco que el Celemín —El Celemín era el loco oficial del pueblo, que entre otras manías tenía la de desafiar a duelo a cuantos se cruzaban con él por la calle y no le saludaban con el respeto y consideración que él creía merecer y para lo cual andaba siempre provisto de dos o tres largas varas a modo de espadones de desafío, y no rían vuestas mercedes, que en alguna ocasión una de dichas varas acabó quebrando la cabeza de algún labriego; pues, como bien dice el refrán: *al loco y al malo dales la razón y quítales el palo*—, y considerando estoy en acabar de un golpe con mis trabajos con el tío y con esta alcahuetería que llevo con vos, pues ninguna dellas condúceme a buen puerto, y no he regresado yo a Villanueva huyendo de problemas de espadas para verme aquí envuelto en riñas de bastonazos.

—¡Que no, que no, primo!, que ya me sereno —dijo el perriñán dejando ver por vez primera su adolescente tez con los ojos casi llorosos—,

contadme vuestro plan que soy todo oídos —remató conciliador mientras nos apartábamos a un callejón sin salida para no ser vistos y denunciados.

Yo no tenía ningún plan; había dicho aquello como tantas otras muchas cosas que digo, sin pensar, esperando que en el último momento una inspiración me sacará del pozo. Debería improvisar.

—El plan es que vos me sigáis haciendo llegar periódicamente una cantarilla de buen vino, y yo la entregaré puntalmente a los tíos de vuestra parte. Creo que a ello sí que es sensible el tío Sancho. Adosado al cántaro, haremos llegar a Sanchica mensajes que acrediten vuestro amor por ella; y Sanchica, a su vez, pueda enviaros otros escritos por el mismo cauce. Con ello ganaríamos tiempo, seguiríais conquistando a vuestra pretendida e iríamos quebrando el ánimo de los padres; y a la vez yo continuo hablando en vuestro favor.

—Con los debidos respetos, licenciado Gaspar, no me convence en demasía tal plan. En primer lugar, no explicáis hasta cuándo debo estar suministrando de gratis vino a tamaño engullidor, pues habéis de considerar que mi sueldo no da para tantos estiramientos; y en segundo lugar, que no soy yo hombre de letras como vos, primo, que todos sabemos que las luces de la familia las habéis acaparado todas vos, repartiéndonos los demás lo poco restante; y en mi caso, mis dominios de las letras dan para firmar con las iniciales de mi nombre y poco más; por lo cual no me veo yo enamorando a una dama de la elegancia y sabiduría de Sanchica con mis requiebros escritos o mis versos amorosos.

«¡Cielo Santo! —pensé yo—, esto es como lo de la Dulcinea del Toboso del otro trastornado. Ahora Roldán, que por lo visto ama más a su prima de lo que pide la cordura, ve a una sencilla, algo brusca y poco agraciada campesina, convertida, por mor de su enamoramiento, en princesa, en compendio de todas las virtudes y bellezas».

—Sobre lo del coste del vino, no me seáis miserable, primo; ¿o es que vuestra felicidad y la de vuestra dama no valen algunos esfuerzos? Y en cuanto a lo de vuestras limitaciones con la pluma, no habéis de temer por eso, que yo os prepararé escritos o versos que hagan que Sanchica se encienda de pasión al leerlos, y no existan para ella curtidores ni

posaderos que puedan competir con vos.

—¡Ay, Dios!, el alma me ha vuelto al cuerpo. Si hiciéredes tal cosa por mí, primo, mi deuda con vos sería eterna y por ello desde ya comprometo solemnemente en juramento —nuevamente levantó el brazo para jurar sobre una Sagrada Biblia imaginaria, aunque en esta ocasión no cayó la capa— que el primer hijo que tengamos se llamará Gaspar, y si vos tenéis a bien, seréis padrino de la criatura, sea cual fuere el parecer de los abuelos.

—Parad el carro otra vez, primo Roldán, que pasáis de las estocadas a los bautizos a una velocidad infernal. Dejemos al tiempo hacer su trabajo y ayudémoslo no hurtando a nuestro cuerpo el descanso merecido. Preparad la cantarilla de vino, ponedla en funda de mimbre y traedla a mi casa mañana en la mañana, que yo completaré la celada. Id por do vinieres y dad cumplida cuenta al encargo, y si además tuviéredes a bien obsequiar a mi modesta persona, de vez en cuando, con algún cantarillo del mismo néctar, os estaría muy agradecido y ello mejoraría mi inspiración ante los poemas y los requiebros que tengo que entregar a Sanchica.

—Contad con ello, primo Gaspar —dedícome una reverencia más propia de la corte que de aquella oscura y apartada callejuela de Villanueva de los Infantes.

Y acabado este largo coloquio, cubriose de nuevo Roldán y púsose en marcha con alegría renovada, y quedeme yo con la peor parte de la trama: darle al tío gato por liebre con la cantarilla de vino que a modo de «Caballo de Troya» habría de contribuir a derribar la fortaleza desde dentro.